

FILMS SELECTOS

Filmoteca
de Catalunya



GINGER
ROGERS

348

50
cts.



KITTY CARLISLE
(Foto Paramount)

Director: J. ESTEVE QUINTANA

Vergara, 3. - Teléfono 22890. - Barcelona

GANGSTERISMO

YANQUI Y BANDOLERISMO ANDALUZ

El «gangster» es un producto social exclusivo de Norteamérica, y tan típico como lo fué en España el bandolerismo andaluz. Pero mientras el «gangster» está en activo, es contemporáneo de la radio y del aeroplano, el bandido clásico español pertenece a la época de la diligencia, de la galera, del trabuco y del catite y ha pasado, como aquéllos y éstos, a la historia.

(Y ahora una disquisición: modernamente se han dado casos de bandolerismo en la sierra, aunque por falta de ambiente y por carecer este nuevo tipo de bandolero español del perfil castizo del que tenía el de antaño, ha fracasado, sin llegar a escribir una página brillante dentro del hecho criminal. Recuérdese al «Vivillo», con su cuadrilla; a «Pasos Largo»; y, más recientemente, a Antonio Flores. Y de los bandidos del llano a Los Tiznados de La Solana —caricatura grotesca de Los Siete Niños de Ecija, a los que pretendían emular—, asesinos del

mesonero de la aldehuela manchega de Puerto de la Serna, entre Valdepeñas e Infantés.)

Pero esta vuelta al bandolerismo andaluz no está influenciada por el film de «gangsters». La influencia del «gangster» hay que buscarla en la delincuencia moderna y de tipo social. El «gangster» es posterior al bandido andaluz y no puede existir, por tanto, esa influencia.

Por lo demás, y aparte de que el bandido actuaba y vivía en la sierra, y el «gangster» tiene como escenario de sus fechorías ciudades populosas como Nueva York y Chicago, la razón de la existencia de ambos tipos de delincuentes tiene idéntico o muy parecido origen.

Cuanto tienen referencias del bandolerismo andaluz —el más típico de todos—, no a través de la novela, sino a través del hecho histórico, saben perfectamente que era, en cierto modo, una consecuencia del caciquismo político. Aunque, a veces, el

bandido se desmandaba y obrando por propio impulso ponía en un aprieto a su encubierto aliado, a su oculto cómplice, el cacique. Pero éste, que lo utilizaba en determinadas ocasiones para sus venganzas personales y políticas —compendio de la cobardía—, lo protegía y amparaba, mediando a su favor, con influencia y dinero, en los trances más peligrosos. Y cuando morir en el patíbulo era inminente, le facilitaba la evasión de la ergástula, o bien, si ya no había menester de sus servicios, lo dejaba ejecutar y así suprimía a un cómplice peligroso.

Incluso algún rey castizo o alguna reina casquivana de los que ha tenido España, tuvieron concomitancias y fueron protectores del bandolero «generoso». Ahí está Isabel II como testimonio histórico. La segunda Isabel, que también se enardecía en los cosos taurinos e insultaba a los toreros cuando no se arrimaban, jugándose la vida en cada lance, y pedía más caballos, como una



He aquí una escena de un film de «gangsters», producto social exclusivo de Norteamérica, y tan típico como lo fué en España el bandolerismo andaluz.
(Foto Warner Bros.)

En lo que ha
«degenerado»
en el film el
bandido espa-
ñol... en un
«gangster» fal-
sificado.



FilmoTeca

de Catalunya

La ley seca fué excelente motivo para esta clase de producciones, en las que, burla burlando, se demostraba el ingenio y la audacia del «gangster» y la torpeza de la policía.

Pero es que Hays sabe que por encima del articulado de su código están los intereses de las productoras yanquis, ante los que se detienen sus escrúpulos morales.

Sin embargo, exprimido ya en el lienzo el tema del «gangsterismo» y no pudiendo, por otra parte, superar ni aún igualar este género de film, el «gangster», como personaje cinematográfico, está en decadencia. No es que haya desaparecido totalmente del «écran»; es que se ha operado en él una transformación de orden moral, que le resta, socialmente, preponderancia, y otra de índole artística, que lo rebaja de categoría, perdiendo su cualidad de héroe popular y pasando a ser el «villano», el «hombre malo», sobre el que triunfan la policía, la sociedad y las leyes. Este resultado tenía que llegar. La exaltación a héroe del delincuente tiene, como consecuencia inmediata, el aumento de la delincuencia.

Convertir a un criminal en héroe es siempre perjudicial para la sociedad y para el individuo. El arte, que es esencialmente depuración de la realidad y de la belleza, puede rebajarse —y se rebaja con lamentable frecuencia— a escuela de malas costumbres, a deformación de la vida en su más estricto sentido ético. Y el cinema es un arte peligroso y pernicioso cuando es lanzado por rutas morales equivocadas, por actuar más directamente que los demás sobre la multitud.

No cabe duda que los films de «gangsters» han contribuido en todo el mundo al fomento de la delincuencia moderna, que es de tipo social y político.

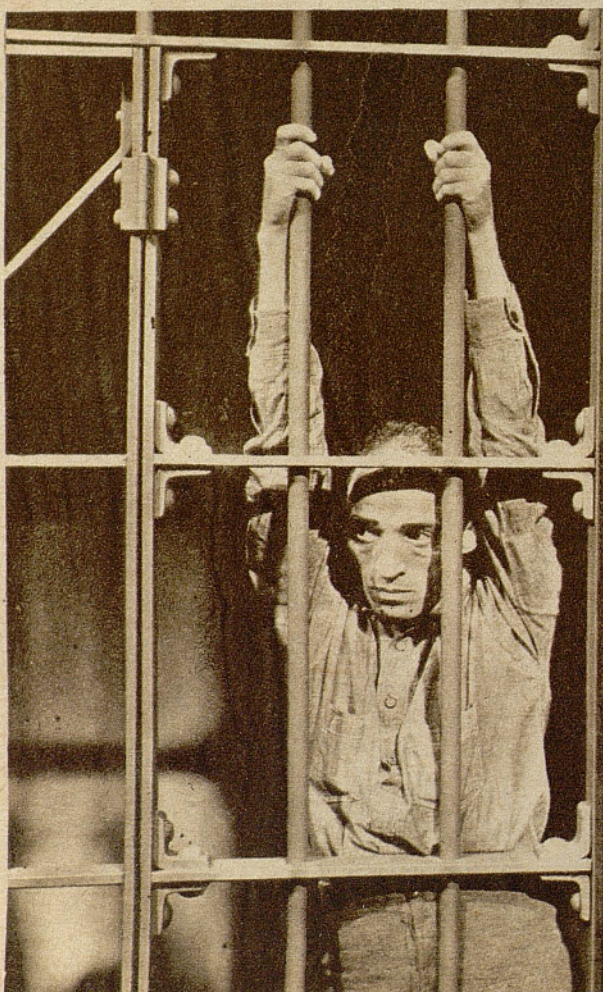
Mientras que en el cine norteamericano el «gangster» tiende a desaparecer, perdida ya su cualidad de héroe, en el español intenta brotar de nuevo la película de bandidos con un «Luis Candelas», en cuyo guión literario colaboran varios escritores de fama.

No es loable esa inclinación hacia temas que siguen manteniendo la leyenda de una España negra y que añaden un chafarrinón más a la pandereta española. Julio CASTILLA

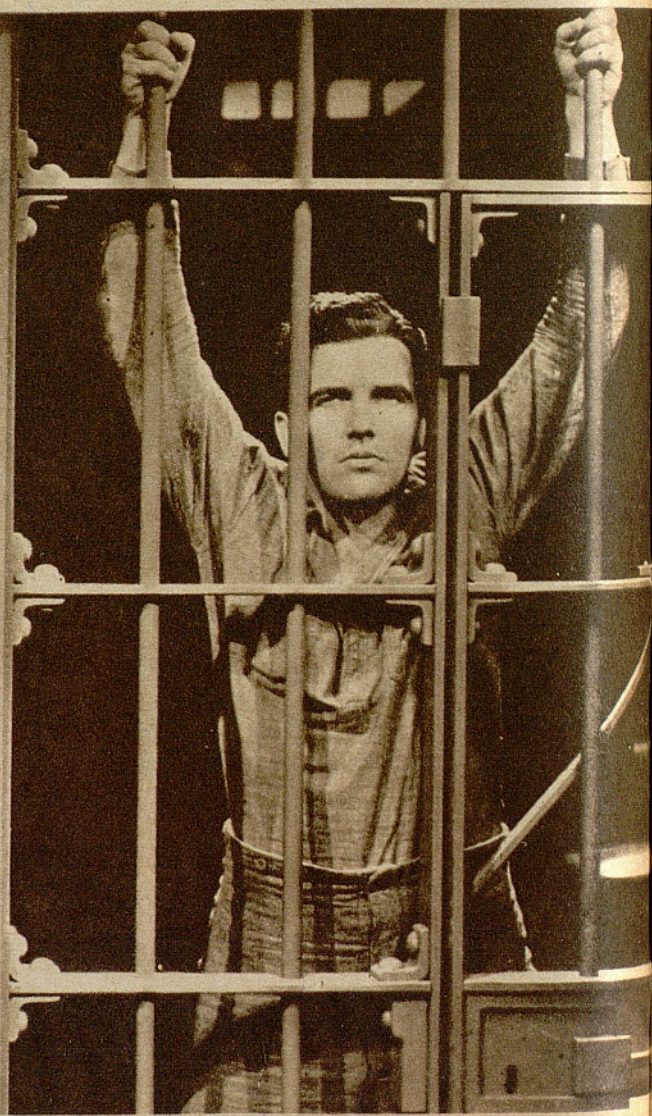
chula del Avapiés.

El «gangsterismo» americano es, asimismo, producto y consecuencia del político, del financiero y del rey industrial yanquis.

Más de una vez se ha aludido —y en algunos casos demostrado— esta alianza monstruosa en los relatos de prensa, y en más de una ocasión ha inspirado al cinema de la «United States». Incluso ha tenido este género de films un apogeo en el cine americano, a pesar del severo código moral de William Hays. El tristemente célebre Al Capone y sus émulos y rivales, han figurado como héroes de varias películas norteamericanas —y aún europeas—, si bien encarnados por distintos actores de la pantalla.



Así es cómo
en el film
moderno de
«gangsters»
acaba el tris-
te héroe de
ayer.



LOS dieciocho kimonos que Sylvia Sidney lució en «Madame Butterfly» fueron especialmente diseñados y confeccionados para la bella actriz en uno de los famosos establecimientos de Tokio. Casi todos los adornos para el pelo, las sandalias y abanicos fueron igualmente importados del Japón.

El camerino que ocupa en los estudios para los cuales trabaja sólo ha sido ocupado por otras dos estrellas desde que fué construido, hace nueve años: Pola Negri y Clara Bow. Una de las puertas muestra todavía la huella que dejó un frasco de perfume al ser estrellado por Pola, en uno de sus clásicos arranques de genio. Según el conserje, el delicioso olor perduró tras años en el camerino.

Prefiere los zapatos de sport y los pijamas blancos. Así como a otros les da por las antiguallas, estampillas filatélicas o pa'as de conejo disecadas, ella se complace en coleccionar joyas. Pero rara vez las usa. Lo que sí lleva consigo siempre es un dije de oro con cadena. La mesa portátil de maquillaje que Sara Bernhardt tuvo en los primeros tiempos de su carrera artística es de su pertenencia.

La editora que la tiene contratada actualmente pensó que una tournée de Sylvia Sidney por los diversos teatros de los Estados Unidos podía proporcionar grandes ingresos, animando las taquíllas, un tanto decaídas. Al pensar en Sylvia Sidney, también pensó en George Raft. Pero su propósito se vió malogrado cuando la excelente actriz americana expuso ante sus dirigentes:

—No me parece mal. Pero exijo una retribución mínima de cuatro mil dólares semanales.—

La contestación no se hizo esperar por parte de los representantes de dicha firma productora:

—Ni un céntimo más de tres mil dólares. ¿Acepta?

—No.—

Tres meses después, en curso de filmación determinada película, la artista abandonó su domicilio para tomar un avión, que la condujo

desde Los Angeles a Nueva York. Allí tomó un vapor, llegando más tarde a Europa.

La fuga de la «star» dió mucho que hablar en Hollywood. Unos dijeron que su decisión, obedecía a causas amorosas, en las cuales jugaba un papel principalísimo Maurice Chevalier. Otros, que la casa editora del film en cuestión había sufrido un perjuicio de veinte mil dólares por culpa suya, habiendo editado la Hays Organization la excomunión contra estrella y productor —éste, B. P. Schulberg, presunto culpable de la huida, que la esperaba en París en unión del director Marion Gering—, amenazándoles de que si no volvían inmediatamente dejarían de trabajar en lo sucesivo para las casas afiliadas a dicha organización. En caso de que actuaran con algún productor independiente, la Hays Organization declararía el boicot a los cines que proyectaran sus películas.

No obstante, la verdad de todo lo ocurrido fué descubierta por la propia Sylvia Sidney durante la fiesta celebrada en el Teatro Paramount, con motivo de su llegada y en honor de la prensa francesa.

—Hace cosa de quince días —dijo— me operaron de la garganta. La operación no fué grave pero sí muy dolorosa, como lo prueba el hecho de que tuvieron que darme seis puntos de sutura en la base de la lengua. No creo necesario recalcar las dificultades que experimenté para reemprender mi trabajo y hablar normalmente. Además, es muy posible que me vea precisada a sufrir una nueva intervención, que comprendería la ablación completa de una glándula. En este caso me expongo a conservar una cicatriz en la cara, que haría completamente imposible la continuación de mi carrera cinematográfica.—

Después agregó que su médico le había prohibido terminantemente que continuara actuando en semejante estado de salud. En el estudio no la creyeron. Sospechaban que era una enfermedad imaginaria. De ahí que se decidiera a emprender tan inesperado viaje.

Según ella, en el estudio había alguien que no le quería bien, empeñado en poner cizaña, en rodar a toda costa. Por eso se marchó. ¿Hizo bien? Le daba lo mismo. Su salud era lo primero.

Al final se lamentaba de que no creyeran en su buena fe. Para demostrarlo sacó de su bolso un telegrama que le había enviado Adolphe Menjou y lo leyó a los periodistas: «Sed deportivos. No interrumpáis el trabajo.» Y tras una pausa, concluyó:

—¿Qué piensan ustedes de esto? Me tratan con una falta de consideración que no merezco. ¡Anarquía profesional!... Pues muy contenta de ser anarquista mientras mi salud y mi físico no corran peligro. ¡Primero yo!—

Como puede verse, es un final poco romántico. Los murmuradores, que esperaban tener tema para muchos días, sufrieron un tremendo desengaño. Como los murmuradores, esos otros que sin aparentar serlo lo son en grado superlativo y abundan en esa gran metrópoli de la ilusión, donde todo son alzamientos de hombros fotogénicos y sonrisas mecánicas y comadreo continuo...

(Fotos Paramount.)



LA ANECDOTA EN PRIMEROS PLANOS

SYLVIA SIDNEY

después de renunciar a un contrato de tres mil dólares semanales, se fué de Hollywood con rumbo a Europa, seducida, según los rumores, por la sonrisa de Chevalier



Un momento dramático... en esta escena de «Oro de la China», Gary Cooper acaba de matar al padre de la mujer adorada. Lewis Milestone, director, observa la escena interpretada por Cooper, Madeleine Carroll y Porter Hall. (Foto Paramount.)

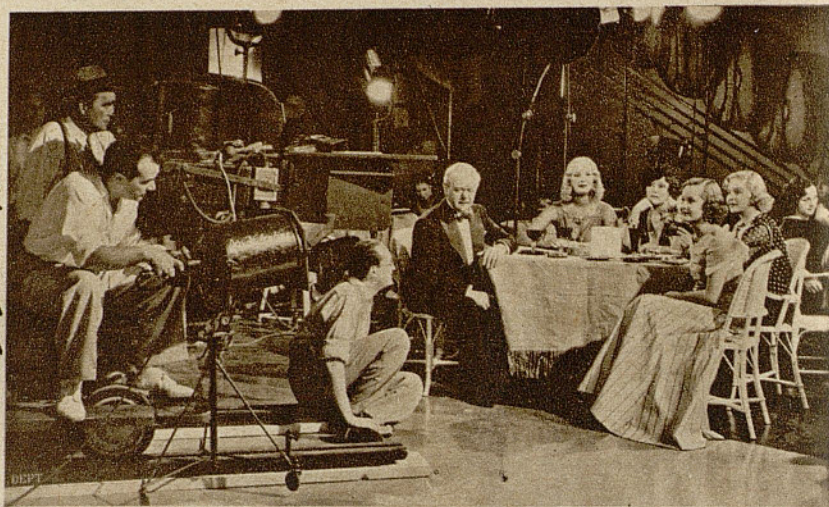


Claudette Colbert se prepara para una escena de «La doncella de Salem», película que se halla imprecionando en la actualidad. (Foto Paramount.)



Escena de amor... aunque muy poco reservada. Sentados ante la cámara vemos a Dolores Costello, Barrymore y a George Raft, estrellas del film «Tuya si la quieres», mientras el director, Alexander Hall, les da las últimas instrucciones, y Theodore Sparkuhl, fotógrafo, espera órdenes para empezar a rodar. (Foto Paramount.)

ANTE LA CÁMARA



Una noche alegre y divertida en Hollywood. El director Heway Koster, sentado ante la cámara, observa un ensayo en una escena de «Tres chicas elegantes». Ante la mesa podemos reconocer a Charles Winninger, Blinnie Barnes, Alice Brady, Bárbara Beld y Nan Grey. (Foto Universal.)

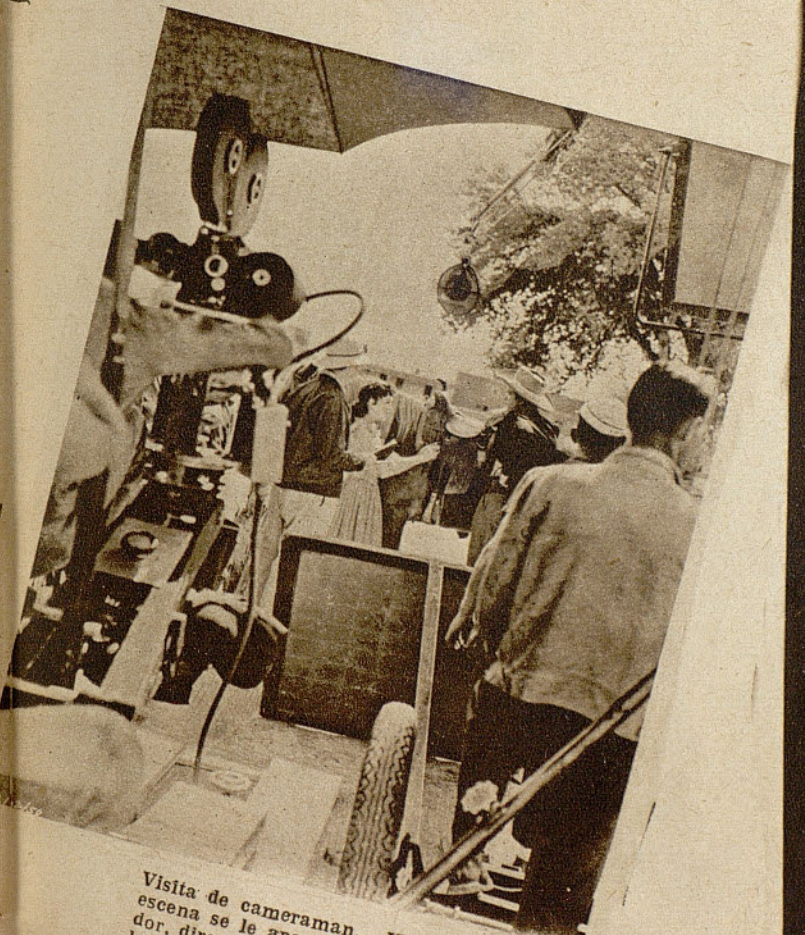


Los bailarines y bailarinas que toman parte en la espectacular escena de «El palacio del vals», en el film «Champagne Waltz», ofrecen su curioso espectáculo durante unos momentos de descanso. (Foto Paramount.)

El director Fritz Lang da algunas explicaciones a Sylvia Sidney antes del rodaje de una escena de «Furia», en cuyo film aparece, además, Spencer Tracy. (Foto M.-G.-M.)



George Cukor ha sido sorprendido por el objetivo mientras da instrucciones antes de empezar una espectacular escena en el film «Romeo y Julieta». A su lado aparece Agnes de Mille, directora de danzas en la producción, Norma Shearer, que interpreta el papel de Julieta, y Ralph Forbes. (Foto M.-G.-M.)



Visita de cameraman... He aquí como una escena se le aparece al fotógrafo. King Vidor, director, da instrucciones a Jean Parker y Fred Mac Murray, para una escena de «Milleas de paz». (Foto Paramount.)

EL TIEMPO EN EL CINE

UNA cosa es el tiempo que se invierte en la proyección de un film; otra cosa el tiempo que se supone exige la exposición total que dicho film desarrolla. «Cabalgata» abarca treinta años de la vida inglesa y se proyecta en menos de dos horas. «Dos segundos» dura a lo sumo hora y media y supone simplemente la visión casi instantánea del pasado de su vida en un condenado a muerte. Dos ejemplos intencionadamente extremos, que permiten, así, fijar los términos de nuestro temario.

Digamos, para empezar, algo de esta uniformidad que reza tocante a la duración de las películas. Salvo raras excepciones, las cintas parecen obligadas a oscilar entre dos y tres mil metros. Se considera que la proyección de una película normal no tiene que exceder mucho de la hora y media y se ve de fijo que al establecer así una duración «standard», se ha tenido en cuenta las condiciones materiales del espectáculo, condiciones extrínsecas a las cuales tiene que someterse el realizador.

Primera condición, pues, cuando se trata de llevar un asunto al cine, es acomodarse a una longitud previamente establecida. Cuando se trata de adaptar un asunto ya dado, es cuando se ve mejor lo arbitrario de semejante sujeción y el handicap que ello representa para la conveniente exposición de determinados escenarios.

Efectivamente, la crítica señala a menudo como defecto de películas, en otros aspectos bien meritorios, el desequilibrio aparente entre las posibilidades del tema y el exceso o limitación en la duración de su desarrollo. Películas que pecan de demasiada concisión, que son poco explícitas y que con su movimiento febril parecen comprimir la anécdota, la cual aparece presente en esta forma, un tanto convencional, faltada como está de períodos de transición, de adjetivos, de adverbios y preposiciones como podríamos decir, empleando un símil lingüístico.

En cambio, conocemos también el ejemplo contrario. Temas que resultarían magníficos expuestos en una forma breve, asuntos que exigen un estilo lacónico, al ser expuestos de una manera dilatada, a fin de alcanzar las exigencias de la programación, resultan diluidos, desfigurados y desconexados por un sinnúmero de digresiones innecesarias, amén de una lentitud en el movimiento que se convierte en aburrimiento para el espectador.

De las dos bobinas de la cinta cómica o del «sketch» libre, hay que pasar sin transición a los siete, ocho, nueve o más rollos. No hay flexibilidad en la regla a que tiene que someterse el narrador. Es una convención como otra, convención de la cual, claro está, viene a cabo el director de talento, pero el talento sin duda alguna, ni mucho menos, es común a todos.

Claro está que el ajustamiento perfecto poco tiene que ver con el tiempo que implicó el desarrollo del asunto y aquel que de hecho se necesita para proyectarlo, pues hay tiempos llenos y tiempos vacíos. En otras palabras, hay minutos en la vida que parecen horas. Más bien diríamos que aquel ajustamiento tan deseado, depende de la cantidad y naturaleza de los hechos a consignar. Pero no podemos, por hoy, seguir esta senda que nos llevaría a escribir no un artículo, sino un libro. Es el tiempo real o supuesto, en las películas, que nos importa ahora.

En el teatro, estos tiempos coinciden,

o es deseable que coincidan, lo mejor posible. Un reloj en la escena lleva el mismo ritmo que el reloj del bolsillo del espectador. Para hacer correr el tiempo hay que correr el telón. De acto a acto mide entonces con intervalo de horas y de días a discreción del autor. La película, en este sentido, tiene una ductilidad prácticamente ilimitada. Puede marcar tantos cortes de continuidad como le plazca y así ganar el tiempo que quiera. Un fundido, una indicación numérica, pueden ser suficientes a este objeto. El procedimiento es cómodo y libera al realizador de muchas trabas, pero esta comodidad es peligrosa porque su utilización entraña muchas veces una falta de respeto a la materia y emoción artística.

Es natural. No basta decirnos que el tiempo pasa; hay que hacernos sentir esta carrera del tiempo, hacernos sensibles la emoción que ello entraña. No basta cambiar los vestidos, substituir unos actores pequeños por otros mayores, las películas, el espectro exterior del mundo, si el realizador no consigue darnos la sensación del tiempo la película queda fría, falsa. No es éste, por ejemplo, el caso de «Cabalgata» o de «Parece que fué ayer», en las cuales sus realizadores han sabido de verdad procurar al espectador esta emoción indescriptible e inconfundible a la vez del pasar de los años, con aquella nostalgia del pasado, el sentimiento de lo genuino que hay en cada instante y todo junto, comprendido en la monotonía isocrónica de los grandes contrastes de la vida.

Diríamos que la cámara ha comprimido los sucesos, pero dejándoles su acento temporal. El espectador experimenta de verdad la sensación como de haber vivido mucho en poco tiempo y realiza su propia experiencia personal del pasado con todo el séquito de recuerdos nostálgicos y dulces.

Esta comprensión permíe, eliminando los incidentes insignificantes, marcar la curva de una vida entera, atisbarla desde lejos, viéndola así como en un golpe de vista que nos permite entender mejor su sentido. Cuando el cine consigue esto, respetar el tiempo, consigue de verdad una emoción que no tiene par. De qué secretos está hecho este arte sutil es algo que no nos cabe a nosotros analizar. Difícil en grado sumo nada lo demuestra tanto como la frecuencia con que fracasa este intento.

Precisamente ahora se han puesto de moda este género de películas que pretenden abarcar varias generaciones. Magníficos intérpretes, buena cámara, aciertos de detalle que revelan talento, y, no obstante, quedamos fríos. Los episodios nos hacen el efecto de estar juntos, como están juntas las piezas de un mosaico. Vemos que el tiempo pasa, pero no lo sentimos así. No somos sensibles sino al tiempo real. Resultado que la anécdota no nos interesa, nos parece una crónica científica, amiga de consignar los hechos, pero de ninguna manera un poema y una música que nos lleguen al alma.

Los grandes novelistas han conseguido muy bien darnos esta sensación del transcurso del tiempo. Pocos cineastas son, hoy por hoy, capaces de imitarlos en este sentido. Cuando lo consiguen, como en los ejemplos indicados, a los que podríamos añadir «Una tragedia humana» y «La usurpadora», hay que señalar este éxito como un rotundo triunfo del cine que descubre así una de sus grandes aptitudes.

J. PALAU

EN un rancho del lejano Montana nació una chiquilla pecosa y vivaracha. Creció feliz y alegre como un pájaro, sin amarguras que enturbiasen su infantil felicidad. Al morir el padre, la familia se trasladó a California, y Myrna, que así se llamaba la niña, a los once años fué internada en un colegio particular, al mismo tiempo que asistía cada día a una escuela profesional de baile.

Entonces, empezó un calvario para la niña, que amaba el espacio y la libertad, donde el sol y el aire quemaron su cutis de nácar, dándole un tono bronceado que excitaba las burlas de sus compañeras. Al terminar el primer curso se dió cuenta de su gran fracaso; hasta sus profesores llegaron a sospechar que la niña carecía de disposiciones.

Un grave coloquio con su madre le dió a entender el enorme sacrificio que realizaban para darle una buena educación y asegurar su porvenir. Y la pequeña Myrna, que era ambiciosa, no echó en saco roto las advertencias de

A Van Dyke se debe el descubrimiento de la encantadora mujercita, verdadera encarnación de la gracia femenina. (Foto M.-G.-M.)



su madre. Su viva inteligencia sólo necesitó el propio estímulo, y en pocos meses alcanzaba a sus condiscípulas, para superarlas en escaso tiempo.

Cuando terminó sus estudios buscó empleo para sus aptitudes y, por un incidente casual, entró de comparsa en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer. Un día se presentó su gran oportunidad. Buscaban una muchacha para representar a la Virgen María en la película «Ben-Hur» y ella fué la elegida. Creyó morir de felicidad... pero tres horas después se revocaba la orden y Betty Bronson tomaba su papel.

Como si hubiese recibido un mazazo, Myrna, casi inconsciente, dejó los estudios, donde no volvería a entrar hasta varios años después. Aquel fracaso decepcionó sus ilusiones, abandonando las esperanzas de triunfar en la pantalla. Pero su alma de artista necesitaba dar salida a sus sentimientos y pensó que la escultura colmaría sus ambiciones. Su hermano Dave, excelente escultor, la la-

mó a su lado, ingresando en una academia especial.

Sus progresos fueron rápidos y satisfactorios, pero no estaba llamada a triunfar por el nuevo camino. Poco tiempo después apareció en un pequeño papel de javanesa en la película «What price beauty». Realizó su cometido con distinción y elegancia, lo que le valió un contrato, marcando el primer período de su carrera artística.

En 1932, Myrna se ve envuelta en un torbellino de papeles exóticos. Un círculo siniestro de mujer misteriosa, sensual, de tortuosos procedimientos, como una ave de presa, personificando personajes que no se adaptaban a su verdadero carácter. Todas sus poéticas fueron vanas, y durante largo tiempo creó un tipo único y especial de «mujer fatal».

Con rara unanimidad, todos los directores la necesitaban para personificar los papeles orientales y a lo largo de su carrera jamás logró aparecer como es en realidad.

Y de nuevo se sintió decepcionada de

un arte que no llegaba a comprenderla.

Pero en el momento más inesperado, un director tuvo la audacia necesaria para romper la rutina y dió a Myrna un papel que fué su verdadera revelación. A W. S. Van Dyke se debe, pues, el descubrimiento de esa encantadora mujercita, verdadera encarnación de la gracia y donosura femeninas.

Con William Powell realizó las primeras tentativas. «El enemigo público número 1» y «La cena de los acusados» son verdaderas obras maestras de interpretación y revelan el talento y genio de la muchachita pecosa que amaba el espacio y la libertad, gozando su felicidad al aire libre y a pleno sol.

Intimamente, es una de las estrellas más sencillas y agradables de Hollywood. Detesta los misterios y secretos; vive su vida de intenso trabajo; dedica unas horas a la cocina, confeccionando platos suculentos que sorprenden a sus amigos, o bien, entre escena y escena, se esfuerza en inventar un nuevo punto de aguja, que despertará la admiración de sus compañeras.

Tiene especial predilección por los libros y su extensa biblioteca es una de las más completas de Hollywood.

Como verdadera hija del campo, adora todos los deportes y de una manera singular la natación y la equitación, en los que realiza verdaderas y magníficas proezas.

Posee una interesante colección de viejas pinturas y porcelanas y no resiste la tentación de adquirir todas las de mérito que le ofrecen.

Su último triunfo, «Entre esposa y secretaria», afirma definitivamente su camino en este segundo período y su nombre forma hoy pareja con las más destacadas figuras del cinema mundial, como Clark Gable, William Powell, etcétera.

La exquisita mujercita, símbolo de la tranquila y serena femineidad, ha encontrado al fin el arte en el que ha de alcanzar grandes triunfos y habría sido ridículo pensar que su paciencia y su perseverancia habían de haber resultado estériles.

M. ARMENGOL

MYRNA

Myrna se ve envuelta en un torbellino de papeles exóticos... (Foto Metro.)



LOY, LA ESTRELLA QUE RENACIÓ

Durante largo tiempo creó un tipo único y especial de mujer fatal. (Foto M.-G.-M.)



Myrna Loy. (Foto Columbia.)



Irene Dunne, la bellísima artista de la pantalla, genial intérprete de «Magnolia», la nueva versión de Show Boat.

El "BARCO TEATRO"

TODO el mundo está al corriente de las modalidades de la Unión Americana. Empero, hay muchos detalles típicos del país que han escapado a la atención de otros pueblos, porque no tienen, quizá, carácter sensacionalista, aunque revelan con elocuencia el verdadero espíritu de Estados Unidos, que no siempre anda tras los rascacielos ni entre las coristas. Existe consagrada, por ejemplo, una institución tonificante norteamericana casi ignorada que se llama «El barco teatro».

Desde hace muchos años navegan por el caudaloso Mississippi, nombre que significa, en el idioma indio de la región, «Padre de las aguas», estas extrañas embarcaciones, de casco chato, con muy poco calado, pintadas en colores vivos y rematadas por dos chimeneas larguísimas, colocadas una al lado de la otra, en lugar de alinearse de proa a popa, como en los buques grandes.

«El barco teatro» recorre las poblaciones ribereñas, donde atraca y da una o dos funciones antes de zarpar con destino al próximo puerto fluvial. Los campesinos de la vecindad acuden en masa al salón del barco, donde los cómicos interpretan un repertorio gastado pero siempre interesante para el auditorio.

La novelista Edna Ferber escribió hace algunos años el libro «Show Boat» que obtuvo un gran éxito, y fué adaptada al teatro por Oscar Hammerstein. La música fué encargada a Jerome Kern.

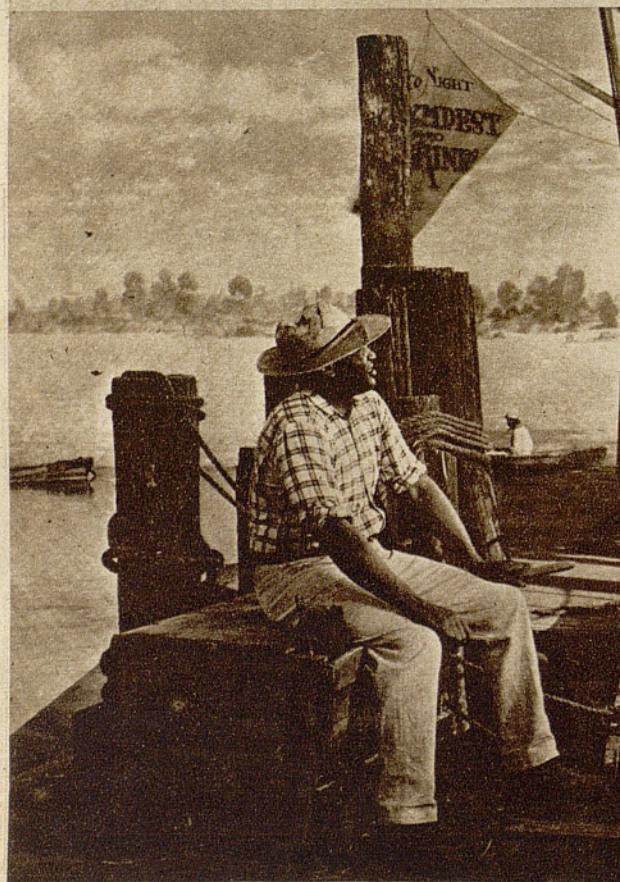
La Universal presentará la misma obra adaptada a la pantalla y que se titula «Magnolia».

Como principal intérprete de la película, figura la bellísima Irene Dunne, que con ocho de los demás actores, ya ha personificado el mismo «rol» en el teatro.

(Fotos Universal).



Una
Institución
americana



CAROL
HUGHES

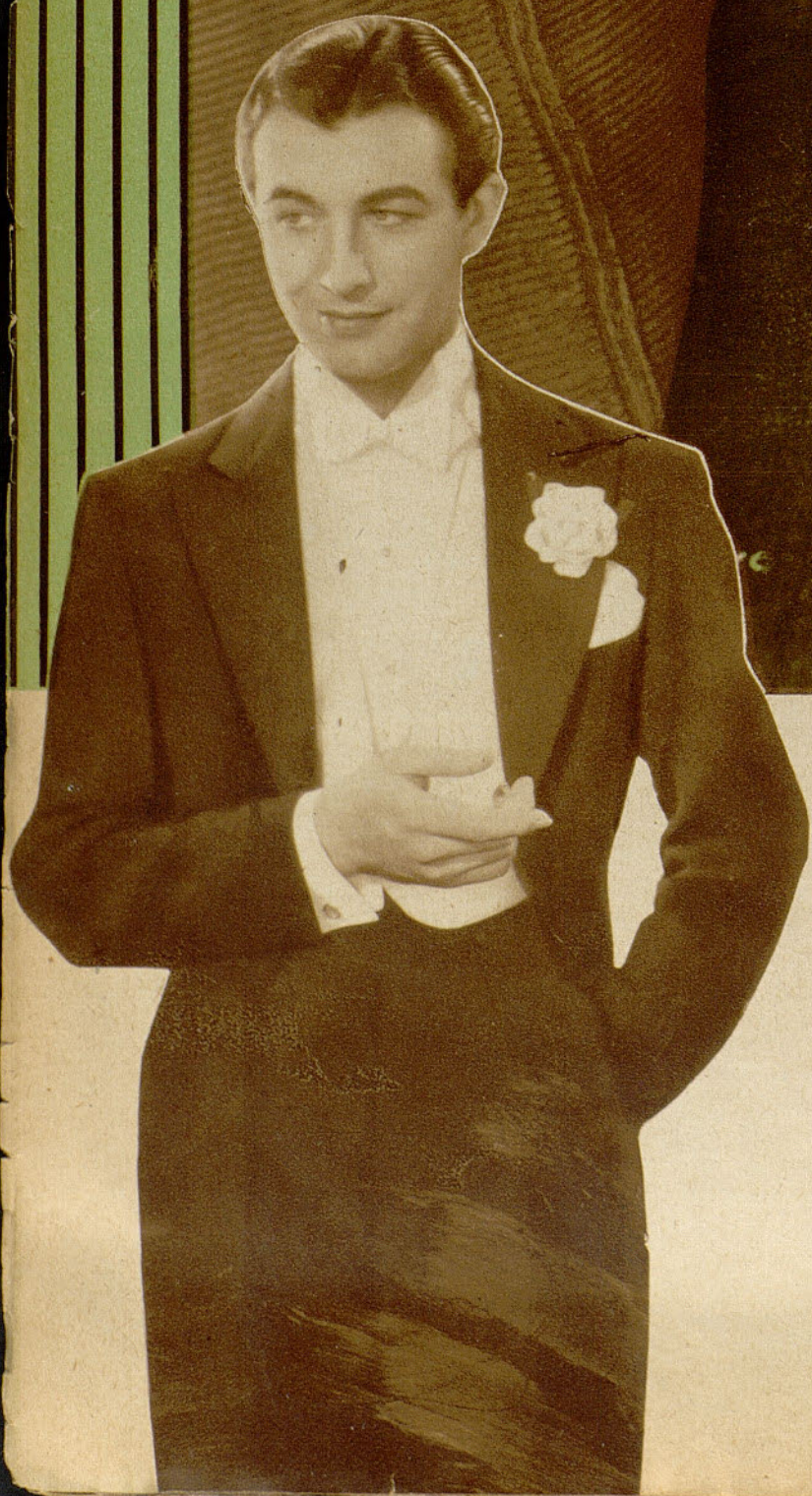
Filmoteca
de Catalunya

RUBY
KEELER

OLIVIA DE
HAVILLAND

Estas populares estrellas de la Warner han sido sorprendidas por la cámara mientras los cálidos rayos del sol californiano acarician sus cuerpos pletóricos de seducción y belleza.





ROBERT TAYLOR

Hace año y medio era un estudiante desconocido, que acababa de recibir su diploma en la Universidad de Pomona. Hoy, Taylor es una de las más destacadas personalidades de la pantalla, donde ha colaborado, entre otras, con luminarias tan famosas como Joan Crawford, Eleanor Powell y la excelsa Greta. • Representar con actrices tan célebres como las mencionadas, excusaría el engrimeamiento por parte de cualquier joven actor; sin embargo, Bob, como le llaman familiarmente en Hollywood, posee como uno de sus dotes más relevantes, el de la modestia. Quizás sea éste el secreto de su popularidad que aumenta de día en día. Y si no, ahí están esas ocho mil cartas que recibe cada semana de promedio de sus admiradoras que lo atestiguan. ¡Y apenas hace año y medio que debutó en el cinema! (Fotos M.-G.-M.)

ALICE Faye. He aquí el prototipo de la muchacha en cuya vida triunfal y ascendiente la felicidad es una conquista fácil. He aquí una muchacha para quien el amor es apenas una satisfacción pasajera; cuya vida no ha sido enturbiada por desilusión alguna; cuyos labios sólo conocen el zumo de las alegrías. Alice nació en la ciudad de Nueva York, el día precisamente en que la historia conmemora la muerte del más famoso general moderno. A los siete años de edad, Alice Faye era ya considerada una experta actriz, madurada bajo las bambalinas en las experiencias de la vida teatral. El éxito, conquista voluble, se había ya rendido ante una mujercita que apenas iniciaba su carrera a través de la existencia. Alice, desde entonces, ha sido una fácil conquistadora del triunfo, una muchacha para quien todo en la vida tiende hacia el encumbramiento definitivo. Aunque desde muy niña ya sus habilidades teatrales la merecieron aplausos universales, y la pequeña futura actriz estuvo en demanda increíble en clubs, teatros y cabarets, la vida dramática de Alice Faye se inició, en realidad, cuando ingresó en la compañía de es-

pectáculos de Chester Hale y, más adelante, cuando Alice regresó a Nueva York y se dedicó a trabajar en exhibiciones de vodevil. Pero su verdadera consagración tuvo lugar cuando la intérprete de «King of Burlesque» fué filmada por George White para tomar parte en su famoso espectáculo teatral titulado «George White's Scandals».

Rudy Valée, el inmortal Romeo de las transmisiones de radio, le ofreció su primera gran oportunidad en las estaciones de radio. Alice Faye posee una voz encantadora y su triunfo fué fácilmente justificado; pero cuando sus admiradores descubrieron que la nueva heroína de las ondas hertzianas poseía, no tan sólo una voz insuperable, sino, además, una deliciosa imagen de sílfide irresistible, el nombre de la muchacha se multiplicó al infinito y pronto Alice fué una de las figuras más famosas de la industria radiofónica.

Pero el triunfo sorprendente de esta exótica y bella muchacha del cine no se concreta a tales muestras de popularidad, relativamente usuales. Alice ha recibido numerosas propuestas de amor. La estrella de los ojos fascinadores y

LA BELLA MUCHACHA DE CINE

ALICE FAYE



los cabellos color he-
no ha logrado en la
vida más de una vez
seducir con sus en-
cantos el corazón de
importantes persona-
jes. Un rico hacenda-
do argentino le ofre-
ció un rancho de me-
dio millón de acres a
cambio de su mano.
Por ley de oposición,
sin duda, esta rubia
magnética despierta a
menudo pasiones des-
bordantes entre los la-
tinos habitantes de las
regiones tropicales. Un
francés le ofreció un
magnífico castillo en
los Alpes, herencia de
una antigua familia, sus
joyas y bienes, con
tal de que aceptara
su amor...

Sin embargo, Alice
Faye no cae fácilmen-
te en las redes tenta-
doras. La existencia es
para ella infinitamente
bella y valiosa sin el
castillo miliunanoche-
co y sin la fantástica
hacienda. El amor... Tal
vez el amor tenga pa-
ra ella un significado
más profundo. Tal vez
en una vida que es
un «rendez-vous» de



de una realidad plena
de emotividad cons-
tructiva. Greta Garbo
es, tal vez, el extremo
opuesto...

Un día de sol, en el
recinto de Fox Film,
Movietone City, una
especie de ciudad-jar-
dín, junto a la villa de
Westwood, Alice me
cuenta sus impresiones
de Hollywood, sus es-
peranzas para el futu-
ro y sus ambiciones
cinematográficas:

—Para mí, la carrera
cinematográfica es for-
zosamente una expe-
riencia incompañable;
pero, a pesar de ello,
yo soy el tipo de mu-
chacha que encuentra
la más grande satis-
facción en las cosas
más pequeñas de la
vida.

—¿Piensa usted dedi-
carse al cine primor-
dialmente?

—Sin duda. El teatro
tiene también para mí
una enorme atracción;
pero, por qué negar-
lo, Hollywood y el
cinema satisfacen ple-
namente mis aspiracio-
nes. Además, es tan
difícil llegar aquí, a
la meta; la lucha es
tan ardua y la com-
petencia tan dura que
el deseo de perseverar
en ambas es algo
inevitable y natural.

—¿Qué otros proyec-
tos tiene usted para
el futuro?

Alice sonríe. De pron-
to hace un gesto ade-
cuado a la situación:
—¿Para más tarde?...
¡Ah!... Cuando tenga
cuarenta y cinco años
y sea gorda y desgarrada
me dedicaré a la
ópera. Y seré fe-
liz. La ópera es una
satisfacción, un sueño
magnífico...

—¿Aun a los cuarenta
y cinco?...

—¿Qué otra cosa se
puede ser a esa
edad?...

—Hablemos en serio...

—Se lo digo en se-
rio... La ópera me cau-
tiva. Sé diez óperas
y las puedo cantar del
principio al fin ínte-
gramente de memo-
ria.

Alice no miente. Su
afición por la música

ha sido uno de los factores determinantes
de su vida. La ópera es todavía la máxima
conquista de la emotividad. En sus ojos,
de un azul intenso, hay cierta cualidad
soñadora.

Mis preguntas las responde sin compro-
miso de ninguna clase. Y llega el momento
decisivo:

—¿Y el amor, miss Faye?

—Por el momento no me interesa.

—Pero una muchacha joven, bella y due-
ña del éxito no debe hablar así.

Alice se encoge de hombros en un mohín
gracioso.

—¿No ha estado usted nunca enamo-
rada?

—Cuando comenzaba a vivir, y pronto me
convencí de que era una pérdida de tiem-
po.

Realmente, Alice Faye dice la verdad.
Para ella el amor es una realidad secundaria
y es, tal vez, porque, conociendo como co-
noce el secreto de la existencia, para ella
la clave de la felicidad es estar intensa y
eternamente enamo-
rada de la vida. Victor José SABUNI



**(Servicio exclusivo
del «Sabuni Inter-
national Syndicate»
para la revista
FILMS SELECTOS.)**

simple suplemento a una producción de vo-
devil, terminó por ser elegida para desem-
peñar el papel principal de la obra.

Y consecuencia de su primera película fué
el flamante contrato que firmó en seguida
y que acabó por encumbrarla a las mayores
alturas de la fama cinematográfica, ya que
Alice es hoy una de las más populares es-
trellas de 20th. Century-Fox Pictures.

Alice ha aparecido sucesivamente en las
siguientes películas:

«Now, I'll Tell», «She Learned About Sai-
lors», «365 Nights in Hollywood», la segun-
da edición de los famosos «Scandals» de
George White, y «Music Is Magic».

Su último film de gran éxito es «King of
Burlesque», en el cual Alice aparece al
lado de Warner Baxter.

Entre los gustos e inclinaciones de la ac-
triz podemos mencionar sus aficiones depor-
tivas, descolando entre otros deportes el
tenis, la natación, etcétera. Durante cinco
años fué campeona amateur de Ice Skat-
ting.

El triunfo fácil, la felicidad y el optimis-
mo hacen de Alice Faye la heroína triunfal

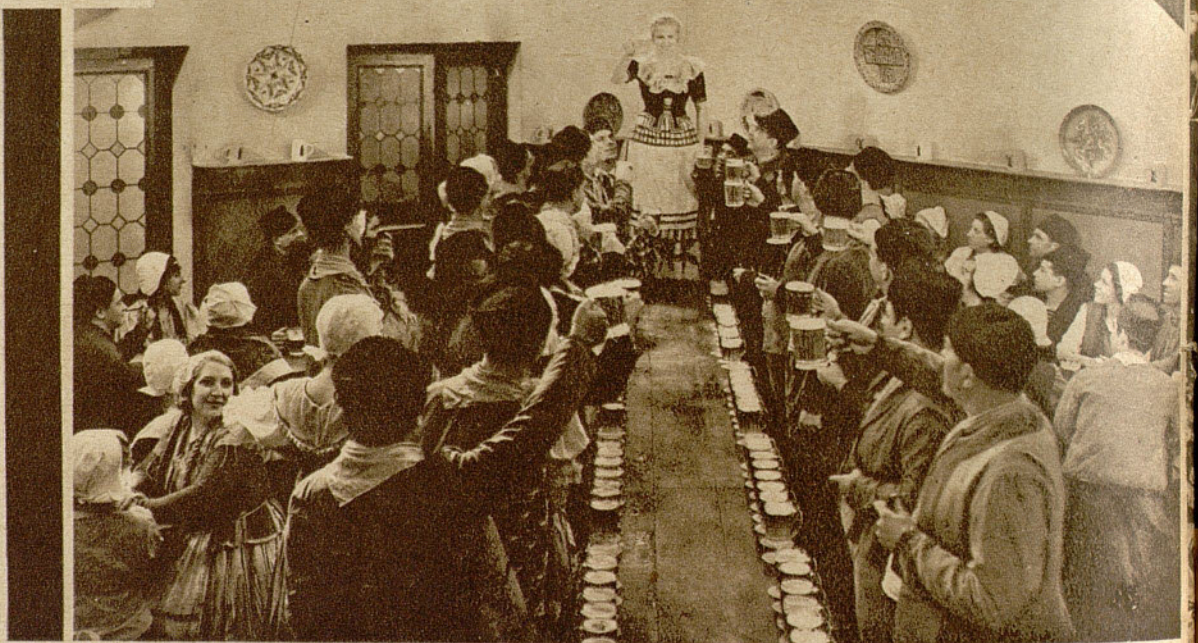
sensaciones y de promesas, el amor puede,
en cierto modo, llegar a pasar desaperci-
bido. O quizás esta princesa de cuentos
ingenuos prefiera algún día entregar sus en-
sueños y su cuerpo a algún Romeo despro-
visto de ventajas materiales y los besos
de sus labios estén destinados al menos
ambicioso de los galanes.

Alice Faye vino a Hollywood por primera
vez contratada por los estudios Fox, para
hacer un número de baile y canto en la
película «Scandals», pero las circunstancias
fueron tales que la actriz, que venía como

NUESTRA PANTALLA LÍRICA

Presentamos en esta página unos bellos fotogramas del film basado en las inspiradas melodías de la obra del maestro Luna, «Molinos de viento». Este film se está rodando actualmente en los estudios de Montjuich bajo la dirección de Rosario Pi. Como protagonistas figuran María Mercader, verdadera revelación del cinema nacional, Pedro Terol, Rafael López, Zornoza y María Gámez.

(Fotos Internacional Films.)



MOLINOS DE VIENTO

LOS HEROES DEL CINE, Filmoteca de Catalunya

GEORGE BRENT
(Foto Warner Bros.)



NO SON MÁS ADMIRABLES
QUE LOS OTROS HOMBRES

Levantó el rifle y disparó dos veces, pero el oso seguía avanzando hacia él. Clark dejó caer el rifle y se subió presuroso a un árbol, donde, encogido y asombrado se sostenía a duras penas, en tanto que el guía con un solo disparo dejaba al oso tendido sobre el terreno al mismo tiempo que lanzaba una carcajada y se burlaba abiertamente del héroe del cine.

Cuenta Errol Flynn que hace seis años, cuando estaba explorando la Nueva Guinea en busca de oro, se dirigía acompañado de su guía hacia el interior, navegando en una frágil embarcación que se hizo pedazos en medio del río por la fuerza de la corriente. Con ellos iban seis nativos más que también tuvieron que echarse a nado, cuando de súbito uno de ellos lanzó una exclamación: «¡Cocodrilos!» y un instante después desaparecía entre borbotones de sangre. La cola del reptil tocó las rodillas de Flynn al efectuar el ataque sobre el infeliz nativo.

Confiesa sinceramente Errol Flynn que al llegar a la orilla toda su preocupación era mirarse en un espejo, ya que firmemente creía que su cabello se había vuelto blanco debido al susto fenomenal que había tenido.

—Me castañeteaban los dientes —dice

George Brent— cuando tenía que comprometerme a llevar mensajes de un sitio a otro en lo más encarnizado de las luchas en Irlanda; pero cuando realmente me sentí aterrorizado fué el día en que nuestro jefe Michael Collins cayó víctima de las balas de los enemigos, precisamente a pocos pasos de donde yo me encontraba. Desde aquel momento comenzamos a desorganizarnos y poco tiempo después me embarqué clandestinamente para América, alegrándome muchísimo de haberme librado de la muerte entre tantos peligros. Tuve miedo más de una vez, lo confieso, y no creo que haya ningún hombre que no se haya sentido atemorizado en las situaciones en que nosotros estuvimos durante aquellos molines y aquellas revueltas.

Víctor Mac Laglen, uno de los más corpulentos entre todos los artistas, fué boxeador y dice que cuando se vió ante la figura del negro Jack Johnson, con quien tenía que sostener un «match», sintió que la frente se le cubría de un sudor frío y que sus rodillas temblaban hasta el extremo de no poderse sostener en pie...

—Había oído decir tantas cosas del dinamismo que Johnson ponía en sus golpes, que me encontraba totalmente dominado por la imponente figura del campeón de color y, hablando francamente, quiero decirles que sentí miedo.

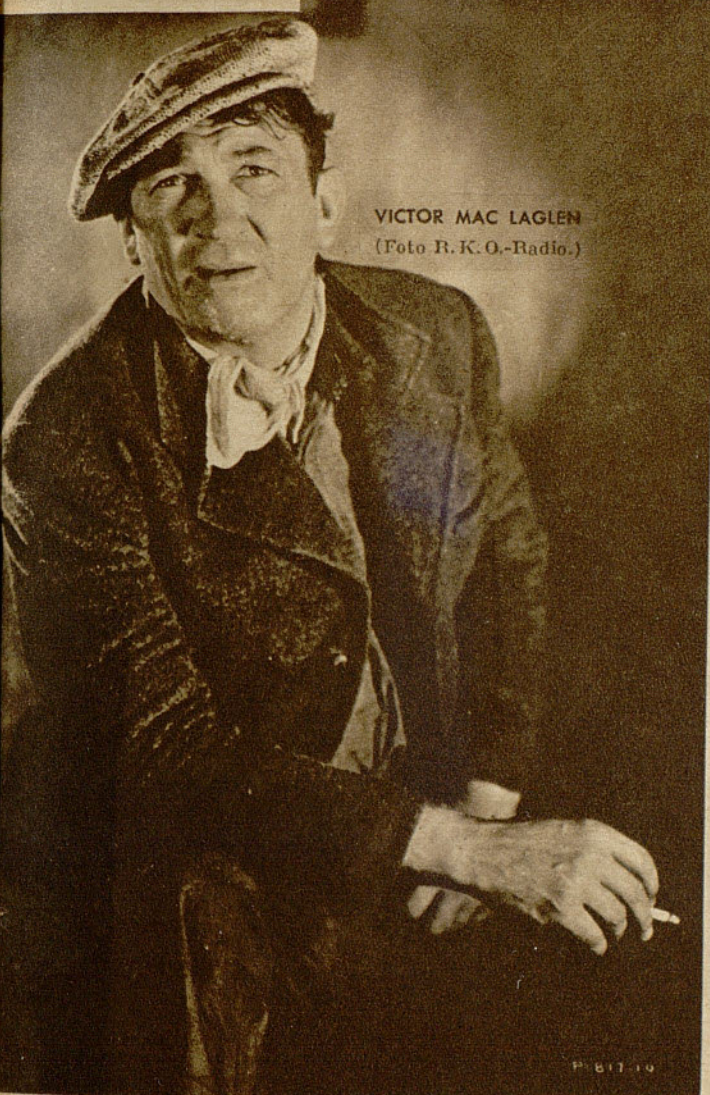
Podría seguir citándoles ejemplos como estos que menciono; pero creo que si estos cuatro actores confiesan sus temores, queda plenamente demostrado que estamos en lo cierto cuando decimos que nuestros héroes no son tan valerosos como los pinta el cinema. Sin embargo, la fantasía, la novela y el cine se hacen para crear ilusiones y a mí me agrada pensar que no son solamente Clark, Errol, George y Víctor los temerosos, sino que cualquier otro hombre amenazado por un oso salvaje, por un cocodrilo o por un pugilista de la fuerza de Johnson, sentiría los mismos temores que éstos.

Julián del VALLE

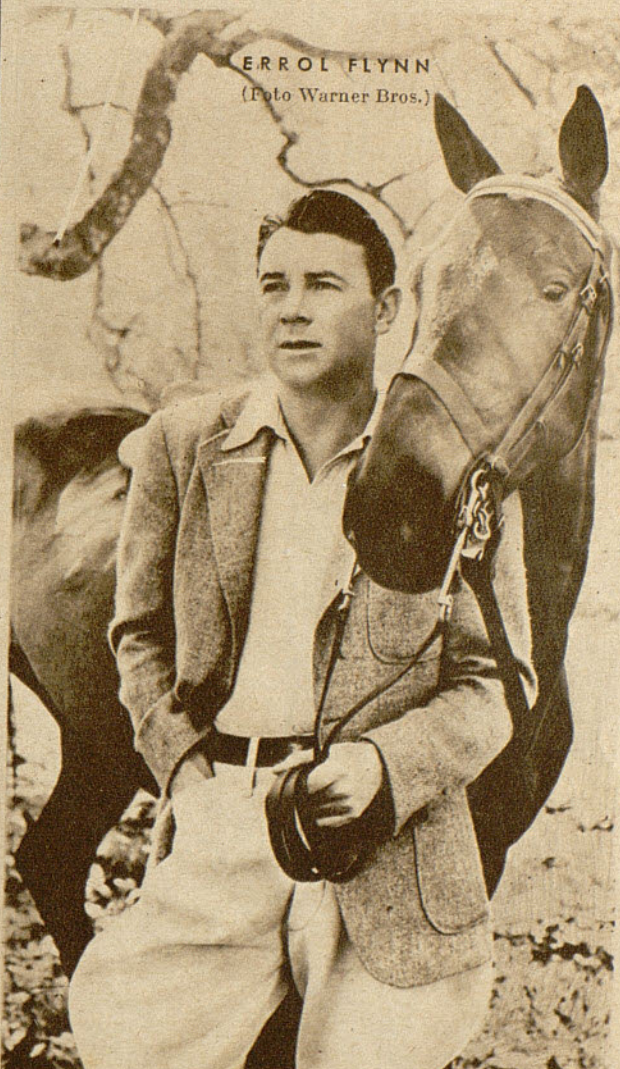
CLARK GABLE
(Foto M.-G.-M.)



VICTOR MAC LAGLEN
(Foto R. K. O.-Radio.)



ERROL FLYNN
(Foto Warner Bros.)



NO son cosas del cine sino realidades: hay hombretones tan colosales como Clark Gable, Errol Flynn, George Brent y Víctor Mac Laglen que confiesan haberse sentido poseídos de un terror intensísimo en ciertos momentos...

Solamente por no faltar a la verdad han admitido esa flaqueza, bajo la presión de la sugestiva influencia de los periodistas, que habían hecho una apuesta, mediante la cual tres de ellos aseguraban que esos ídolos del cine no son tan valerosos como parecen, y otros tres que negaban la posibilidad de que los actores se sintieran por nada amedrentados.

No se ofendan, pero es enteramente cierto que Clark Gable quedó en ridículo y provocó la risa de los que se encontraban cerca de él, en una ocasión en que se fué de cacería por primera vez en Wyoming, hará dos años de esto, cuando ya ustedes le habían convertido en ídolo.

El objeto era regresar cubierto de gloria después de haber cazado varios osos en el Oeste; pero la realidad fué que andando cautelosamente Clark y su guía vieron a uno de estos animalitos a cincuenta yardas de distancia. Clark, nuestro ídolo, se echó a temblar y se sintió poseído de un temor intensísimo.

DICCIONARIO CINEMATOGRAFICO

JUVENTUD. — *La juventud eterna de Mary Pickford, por ejemplo.*

KODAK. — *El anuncio de un artículo que no podemos cursar, sin permiso de la administración.*

LETREROS. — *La traducción española de lo que no dicen los actores.*

LLUVIA. — *Fenómeno meteorológico que se produce en los estudios a voluntad del director. En las películas viejas también llueve aunque nadie lo solicite.*

MALO. — *"No habría películas malas... si el público fuese bastante bueno."*

NOTICIARIO. — *Un film de palpitante actualidad, que nos cuenta las últimas noticias ocurridas hace un año.*

OPERADOR. — *Una especie de señor que nunca sale, en las películas, porque se pone detrás de la cámara.*

PRODUCCION. — *Película mediocre y soporífera.*

«Q» (DON). — *Douglas Fairbanks.*

REVISTA. — *Película hecha a base de piernas. A veces se hacen también con los pies.*

(Continuará.)

JUVENTUD, DIVINO TESORO

Al estreno de «Rigolboche», el último, por ahora, film de Mistinguette, asiste lo mejor de París. Entre lo mejor, la ilustre Cecil Sorel.

—No parece muy satisfecha— comenta «Miss», con un amigo, refiriéndose a la

ra volver a contraer matrimonio con su «Henry público número uno».

Caso de contrición amorosa que es todo un poema. Nos imaginamos a Margaret peleándose con su segundo marido y planteando la separación:

—¡Te dejo por ingrato! ¡Quiero volver a mi Fonda!—

PIERA DE PRO

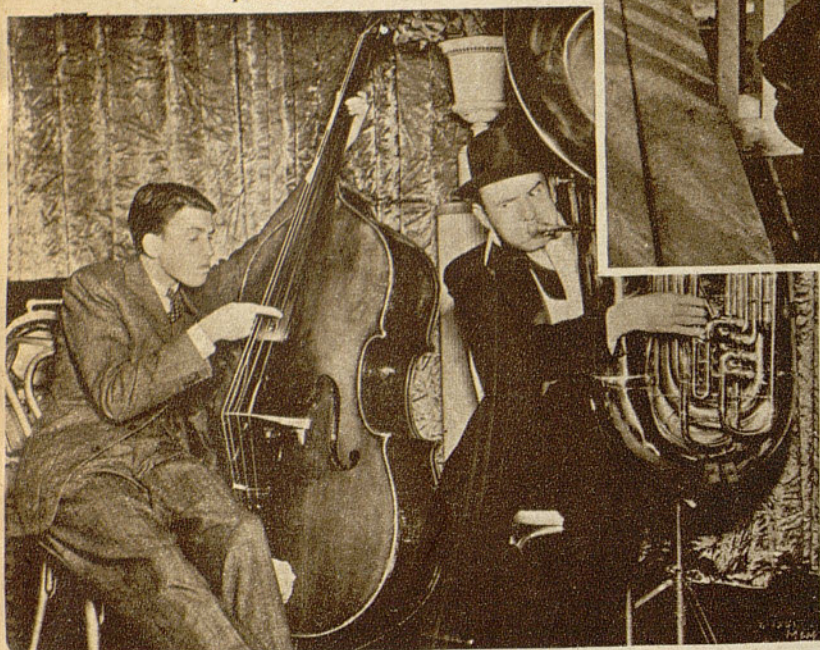


El rótulo lo dice bien claro: «No fishing from bridge or boatlanding» y ella, Carol Hughes, fishing que fishing from bridge.

(Foto Warner.)

Bing Crosby con sus tres retoños. Dice el refrán que «de tal palo, tal astilla». Véase la muestra. Se parecen al padre. Se parecen entre sí. El padre se parece a ellos. Y ellos, cuando sean mayores, serán tres Bing Crosby de tamaño natural.

(Foto Paramount.)



Pocas personas se han visto como Grace Moore, entre la policía, por ser demasiado buenas. La fuerza pública ha de desplegar toda su fuerza física para librarla de la efusión de sus admiradores. (Foto Columbia.)



que con ella ha traído de cabeza a tres generaciones.

—La pobre tiene complicaciones sentimentales—replica su interlocutor—. El conde le es infiel.

—¿Sí? ¿Quién es la afortunada rival?

—Una joven de cincuenta y siete años.—



UNA PELICULA ROMANTICA QUE PARTE LOS CORAZONES

O la historia fiel y verídica de Margaret Sullavan.

Separóse de Henry Fonda (apelido que es todo un poema gastronómico); volvióse a casar con William Henry (¿ha visto usted qué predilección por los Henry?). Y ahora se divorcia de nuevo pa-

lla—. Y yo, ¿qué papel desempeñaré?

—Usted será una enfermera.

—¡Enfermera!—exclama la estrella, herida en lo más vivo—. ¿Por quién me han tomado ustedes? Yo también quiero ser inventora. Si no hacen que yo invente algo, el radio, por ejemplo, no trabajo.—

En vano tratan de disuadirla, pero ella se obstina tercamente. Después de media hora de discusiones, el productor parece dispuesto a transigir.

—En fin, amiga mía—dice, resignado—. Usted debe comprender. El radio ya fué descubierto por la señora Curie. Haremos que descubra cualquier otra cosa, pero no el radio. Usted inventará el sulfato de mandarina, ¿le parece bien?

La estrella transige:—

—Si es así, bien.—

RAZON DE PESO

En Hollywood —¡claro!— una joven aspirante a emular las glorias de Jean Harlow, Greta Garbo y compañía, obtiene una entrevista con el director de repartos de una importante compañía.

—¿Se siente usted con disposición para

GRAMA

llegar a ser una gran artista?— pregunta él con sorna.

La joven, con aplomo:

—¡Ya lo creo! ¡Figúrese que ya me he divorciado tres veces!—



DIALOGO RENACIMIENTO

EL DIRECTOR. — No olvide que todos los muebles han de ser renacimiento: sofás, sillas, mesas, todo renacimiento.

EL ASISTENTE. — ¿Y el teléfono?

EL DIRECTOR. — También renacimiento ¡por supuesto!—



—Gaby ha hecho mal divorciándose de Alberto.

—Y que lo digas. Es uno de los mejores maridos que yo he tenido.

(De Rie el Rac, de París.)

LA EPIDEMIA SHIRLEY

La gloria de Shirley es haber logrado que todas las mamás que tengan una nena de siete años, con el pelo más o menos rubio y rizado, descubran en ella un terrible parecido con la célebre estrellita americana.

Hemos interrogado a una de esas nenas de siete años preguntándole:

—¿Te gustan las películas de Shirley?

—No —respondió categóricamente—. Porque resulta que cada vez que vamos al cine a verla, al volver a casa mamá quiere que yo haga las mismas cosas que ella ¡y eso es un martirio!—



¡QUE CORRA!

Cierto caballero (lo de caballero es un eufemismo) se sentó en el cine al lado de una señora que iba con su marido. En el curso de la proyección el caballero no estuvo muy correcto y la señora se quejó al marido. Este esperó a que se encendieran las luces y le dio una bofetada. El caballero, sin inmutarse, al ver que todas las miradas caían sobre él, se volvió hacia el espectador que tenía al lado y le arreó otra bo-

Este grabado no necesita pie. Nos ha venido con siete pies. ¡Y nosotros que teníamos uno preparado para una foto semejante! Aquel inefable y original «Niña si vas al mar...», etc., etc. (Foto Warner.)



La gentil Cecilia Parker trata de colocar un saldo de sombreros al apuesto y simpático galán William Henry. ¡Lástima que Cecilia no venda camisas! (Foto M.-G.-M.)

fetada, al propio tiempo que dijo, sonriente:

—¡Que corra!—

Esto ocurrió en un cine de Addis Abeba, entre un italiano y un abisinio.



En nuestro próximo número publicaremos artículos de nuestros más prestigiosos colaboradores, interesante información cinematográfica y la novelización completa del film de mayor éxito de la temporada «El secreto de vivir». Reaparecerá, además, nuestro suplemento artístico en colores. No deje usted de adquirir el próximo número de FILMS SELECTOS.



FOTOGRAMAS

En un periódico de la noche, Barcelona, el 27 de febrero:

“Durante la proyección de un reportaje... los pocos espectadores que había en el local quedaron gratamente sorprendidos por la actitud del resto del público que, puesto en pie, prorrumpió en vítores y aclamaciones...”

Han desaparecido varios directores de películas.

No se dará nada por el hallazgo.

El inefable Stan Laurel y el afable Oliver Hardy han pedido el divorcio.

En un mismo programa hemos visto dos cintas españolas: Nuevos ideales, film de base, y El último minuto, film de relleno.

Nos atenemos al precepto: los últimos serán los primeros.

Fred Astaire ha debutado como director.

Y lo ha hecho con los pies.



La carabina es una Institución Internacional. Vean ustedes una carabina norteamericana; no se diferencia en nada de sus colegas españolas. Con el permiso de ustedes, vamos a completar la afirmación con un modesto pensamiento: La carabina, es una arma internacional.

(Foto Columbia.)



MARIA ESTUARDO

Filmoteca
de Catalunya

(Conclusión.)

—¡Más tarde!... ¡Más tarde!— exclamó irritado Darnley, apartando bruscamente los papeles.
Rizzio dirigió una mirada en torno. Sus ojos querían penetrar aquellas sombras en las que presentía la presencia de extraños. Pero no vio a nadie, y volviéndose a inclinarse gravemente se retiró tan silenciosamente como había entrado.

EL ASESINATO DE RIZZIO. — María Estuardo, rodeada de sus fieles damas de honor, permanecía silenciosa, sentada cerca de la chimenea, escuchando la melodiosa voz del italiano que cantaba una bella romanza. David, eres el único amigo que me queda; pero «ellos» tratan de arrojarte de mi lado. Harán todo lo posible para lograrlo. Por tu propio bien, es preciso que te vayas, aunque yo no sepa qué voy a hacer sin ti. En los ojos del leal secretario también brillaban las lágrimas. Con voz sollozante imploró:

—Señora, yo estaba equivocado y jamás me perdonaré mi error. ¿Por qué no llamáis a Bothwell a vuestro lado, señora? El puede ayudarnos...

Y como viera que la reina movía negativamente la cabeza, cayó de rodillas.
—Señora mía, os lo suplico! ¡Llamad-le!

La puerta se abrió súbitamente y Darnley apareció en el umbral. Sonriendo burlesco se acercó a su esposa:

—¿Os he sorprendido, querida?...
—¿Os suplico que me dejéis sola!— exclamó secamente la reina.

—¿Sola?... Vamos, señora, vengo a reclamar lo que me pertenece. Dadme un beso.

Y trató de estrecharla entre sus brazos, buscando ávidamente los labios de María Estuardo.

Después de aquellos brazos que le producían náuseas, la reina de Escocia iba a increpar duramente a su marido, cuando Ruthben se precipitó en la cámara real. En sus ojos inyectados de sangre se leía el crimen. Sorprendida la reina salió a su encuentro:

—¿Qué quiere decir esto?... ¿Desde cuándo se permite entrar en la cámara privada de la reina sin anunciarse?...
—Preguntad a vuestro esposo. El puede decirnos por qué estoy aquí.

Y se adelantó amenazador con la espada en la mano.

Darnley bajó los ojos, sin atreverse a contestar. Hasta ellos llegó un clamor de voces y ruido de espadas. Un instante después la cámara estaba llena de hombres armados. Las damas de honor lanzaron un grito de terror.

—¿Qué queréis?... ¿Qué significa esto?... preguntaba la reina temblando de cólera. Ruthben se acercó:

—No queremos hacer daño a vuestra Majestad, ni a ninguno de los presentes, excepto a ese traidor.

—¡Si tocáis un solo cabello de su cabeza os juro que os destrozaré a todos!— exclamó la reina con autoridad.

Por toda respuesta, Morton avanzó hacia el aterrado secretario, que corrió a su vez hacia las habitaciones privadas de la reina. Como una jauría endemoniada aquellos hombres se lanzaron en pos del inocente fugitivo. Y la reina, aprisionada entre los brazos de Darnley, no podía correr en su socorro. El infeliz Rizzio buscó refugio cerca del lecho real. Sus labios se movían angustiosamente. Los asesinos avanzaron. Uno de ellos lo arrastró vilmente hasta el centro de la habitación, sin hacer caso de los gritos del desgraciado italiano, que imploraba justicia.

—Justicia se hará!— gritaron aquellos hombres, ciegos de sangre.

Y de una estocada atravesaron el cuerpo de la desventurada víctima, que cayó sin vida.

El único amigo leal de la reina de Escocia había desaparecido.

Una vez sola, María Estuardo se volvió hacia Darnley:

—¿Véis lo que habéis hecho?... No sólo habéis asesinado a David, sino que os habéis arruinado y a mí con vos. Habéis arrojado una mancha sobre vuestro propio hijo: ¡el hijo que llevo en mis entrañas!

Darnley se había arrojado sobre una silla. Cobarde por naturaleza, sentía miedo. La reina, haciendo un supremo esfuerzo, secó sus lágrimas y después de un instante se pasó la mano febril por la frente. Había concebido una última y desesperada idea. Se

acercó a su marido y le tocó suavemente el hombro:

—Os queda una sola oportunidad de salvarme y salvaros. Ayudadme a escapar antes de que maten a Bothwell...

Y ante los sollozos y el movimiento negativo de la cabeza de su marido que murmuraba sin cesar: «¡No, no, me matarían a mí... no puedo!», la valiente reina continuó:

—No, no os matarán, porque vendréis conmigo. Ellos tendrán que huir de Escocia y os salvaréis...

Darnley la miró un instante y una leve esperanza iluminó su licencioso rostro:

—Y vendréis, María?... ¿Me perdonaréis?... ¿Me amaréis de nuevo?...
Aquel hombre, a pesar de sus culpas, amaba ardientemente a su mujer. La tomó entre los brazos y la besó delirante. La reina dominó su repulsión y se dejó besar. Por fin se separó de él.

—Es preciso obrar en seguida. ¡Os juro que no os abandonaré!

LA VENGANZA DE JOHN KNOX. — Algunos días después del sangriento episodio del asesinato de David Rizzio, el embajador Throckmorton partía de Edimburgo con importantes mensajes para la reina de Inglaterra. Isabel se encontraba en Greenwich, asistiendo a un fastuoso baile de la corte. La fiesta llegaba a su punto culminante cuando Throckmorton, aun polvoriento del largo viaje, llegó a presencia de la reina.

—Majestad, el levantamiento de los lores escoceses ha fracasado. Rizzio ha sido asesinado, pero María Estuardo y Darnley, que habían sido hechos prisioneros, se fugaron, abandonando el castillo por un pasaje secreto. Bothwell les ha ayudado a escapar. Ahora han sublevado al pueblo en contra de los rebeldes. Ruthben, Moray y hasta el mismo Knox han desaparecido. Pero no es eso todo, Majestad. ¡María Estuardo ha dado a luz un heredero, señora!

Ante aquella revelación, la reina Isabel dejó caer la máscara con que la conocían sus palaciegos. En aquel momento no era la reina, sino la mujer. Y ella, que jamás se había doblegado, que había puesto siempre sus enérgicas fuerzas al servicio del Estado; ella, admirada por los hombres por su astucia y dominante carácter, rompió a llorar.

—María Estuardo tiene un hijo!... ¡Y yo, yo no soy más que una cepa infundada!... Isabel hubiese perdonado a María Estuardo cualquier crimen, menos este: el de ser esposa y madre... mientras que ella, la reina de Inglaterra, jamás había podido saborear ni una ni otra dulzura...

Desde aquel instante odió con más fuerzas a su rival, y la odió como sólo una mujer sabe odiar: con un odio implacable y cruel.

UN NUEVO ASESINATO. — El orden se había restablecido de nuevo en la corte de Escocia. El alumbramiento de María Estuardo le había conquistado el cariño de su pueblo, que se gloraba en el nacimiento del heredero de la corona. La reina, tranquila, y tratando de olvidar, protegida por el apoyo moral que le daba la proximidad del leal Bothwell, acabó por perdonar a su ingrato hermanastro Moray.

El día del primer cumpleaños del pequeño príncipe Jaime, la reina, feliz con su vástago, lo mecía amorosamente sobre sus rodillas. A su lado permanecían, siempre fieles, las cuatro Marias, sus damas de honor.

De improviso, Bothwell se presentó en la alcoba de la reina portando una rica espada. Se acercó a la reina y depositó el arma en manos del joven príncipe:

—Esta espada era de vuestro padre, señora. La he traído de Inverness para el príncipe.

—¡Ojalá que no tengas que usarla jamás, querido Jaime!— exclamó la reina, suspirando levemente y estrechando a su hijo, quien, deslumbrado con las joyas de la empuñadura, quería llevarse a la boca, causando la risa entre los concurrentes.

En aquel momento una voz anunció la llegada del rey, y Darnley, pálido por la fiebre de aquellos días y la disipación de su vida, penetró con pasos inciertos en la estancia. Darnley dirigió una recelosa mirada en torno y comenzó a increpar a la graciosa soberana, que profundamente dolorida sufría sus recriminaciones, en las que se la acusaba de traición y desamor.

Bothwell intentó defenderla, pero Darnley, sin hacerle el menor caso, salió de la cámara real. María Estuardo, entonces, rompió en amargo llanto:

—He cumplido mi palabra —sollozaba—.

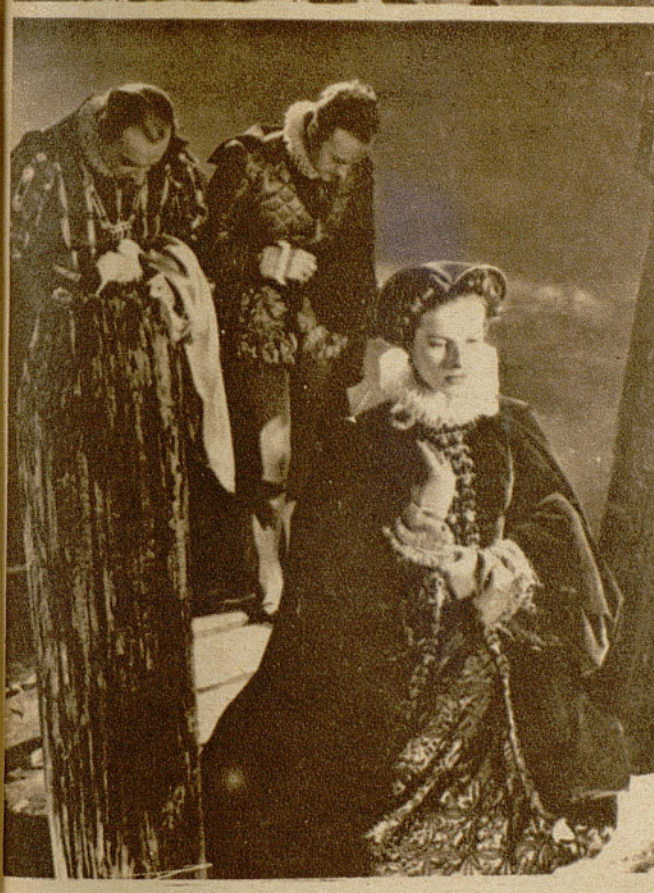


He soportado pacientemente sus insultos y humillaciones, pero no he podido amarle: ¡No he podido!...

Y ante la mirada de infinita tristeza de aquellos ojos que adoraba, Bothwell no pudo resistir el impulso y estrechó a la reina entre sus brazos. La besó dulcemente. Ella no le rechazó.

—¡Oh, María, mi María!... ¿Cómo podría hacerte mía para siempre?

Algunos días más tarde, Darnley se encontraba en una miserable casucha de Kirk O'Field, en las afueras de Edimburgo. La noche era oscura y sombría. Darnley se entretenía en alimentar el fuego de la chimenea. El príncipe consorte se mostraba intranquillo como si presintiera un peligro. Por fin, agotado, se dejó caer en el lecho, empuñando una daga. El silencio era completo. La casa estaba situada en un lugar desierto y desolado.



De un lado los enormes campos. Del otro, una iglesia abandonada y un callejón oscuro era el único camino que conducía hasta la casa. Por la desierta callejuela, llamada siniestramente «Trifulca de los bandidos», se acercó sigiloso un grupo de hombres encapuchados. Iban capitaneados por uno más alto, vestido de seda y terciopelo, como distintivo de su alto rango. Durante dos horas trabajaron en silencio abriendo un enorme hoyo junto a la pared de la casa. Cuando estuvo listo, depositaron una caja en su cavidad y después de regar un polvo misterioso, prendieron la mecha... Rápidamente se espació el fuego y un momento después una enorme detonación retumbó por el espacio.

No quedó piedra sobre piedra. Los últimos fragmentos de la casa volaron siniestramente. Así, de esa manera, fué asesinado el más infortunado de los reyes de Escocia.

UN EXTRAÑO SECUESTRO. — María Estuardo regresaba del castillo de Stirling, donde residía su pequeño hijo. La reina venía acompañada por el leal conde Huntley y de una pequeña escolta. Al llegar al puente de Almod les sorprendió la presencia de Bothwell acompañado de trescientos jinetes. El arrogante espadachín se acercó a Huntley:

—¡Sólos mis prisioneros, Huntley!...

Y ante semejante declaración, el jefe de los Gordons preguntó:

—¿He de responderos con mi espada, milord?...

La reina se interpuso. Entre ella y Bothwell se había cruzado una mirada de comprensión:

—Señores, no quiero que se derrame sangre por mi causa. Seguiré a Bothwell...

Y sin protestar se colocó al lado de su supuesto secuestrador, encaminándose todos hacia el castillo que tenía el mismo en Dumb.

Al día siguiente, y una vez instalados en el castillo, el leal Huntley se quejaba con amargura. No era tan fácil engañarlo... y no podrían tampoco engañar a Escocia.

—No os inquietéis, Huntley. Yo sé defenderme y sabré defender a la reina. Nadie tendrá que difamarla, si me caso con ella.

El valiente soldado protestó indignado. Aquello era una locura. Ambos jóvenes estaban locos de remate.

—¡Sólos la reina de Escocia, señora! No dejéis que la mujer se ciegue ignorando sus deberes de soberana. Este hombre ni siquiera es de vuestra religión... ¡Si lleváis a cabo vuestros insensatos planes, el resultado será desastroso!

—La reina no tiene nada que ver con esto, Huntley. La he secuestrado y soy el responsable. Si tenéis miedo. O si estáis en contra mía, sacad vuestra espada. Yo no sacaré jamás la mia para herir a un amigo.

Y ante la negativa del quitado, continuó: —Volved a Edimburgo si queréis y hacéd causa común con Moray y sus hombres. Incitad al clan en contra de mí.

—¡Bien sabéis que jamás haré eso, Bothwell!... Pero no esperéis que me quede aquí.

Y, pocas horas más tarde, Huntley partía, dejando a la reina para que pudiera consumar aquel matrimonio que él no aprobaba.

Al verlo partir, María Estuardo se acercó a la ventana. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Su cuerpo temblaba ligeramente.

—¿Tenéis miedo, María?... Decidlo: si estáis arrepentida, os dejaré partir con él.

—¿Miedo?... No, querido mío. Desde el primer día que te vi, te pertenecí. ¡A tu lado nada temo!

RECUERDOS DE LA INFANCIA

Sus bellos ojos se perdieron en la contemplación de aquellos enormes campos. Mucho más lejos se adivinaban las aguas del océano. La reina comenzó a hablar a media voz, como si dirigiera las palabras a un ser invisible y lejano.

—Recuerdo mi infancia como si fuera ayer. El panorama era como éste. Un día me dijeron que mi padre había muerto y lloré amargamente. Después me llamaron Reina de Escocia. Aquel título me importaba menos que mis muñecas. Otro día me llevaron lejos, en un barco de blancas velas y arribamos a un país extraño. Me dijeron que era Francia. Todo era allí diferente. La gente reía y bailaba. Parecían felices. Y acabé por amar aquel nuevo ambiente. Escocia se convirtió en un sueño y acabé por desear que mi existencia transcurriera eternamente en aquel nuevo ambiente, en aquellos jardines, estudiando francés y escuchando música. Un día me anunciaron que iba a casarme con el hijo del rey de Francia. Me pareció ridículo: ¡el rey era un niño!

Bothwell la interrumpió: él también parecía soñar:

—Lo recuerdo. Yo estaba en Francia. Nunca he olvidado la pompa y el fasto de aquel día. Los pajes llevando vuestra cola. Vos tan joven. La muchedumbre frente a la catedral. Apenas eras bastante grande para vestir de largo y vuestra cola era enorme.

María Estuardo echó los brazos alrededor del cuello de su amado y prosiguió:

—Sí, era muy joven: tenía solamente diez y seis años. Fué un matrimonio político. Un día murió el rey y todo el mundo volvió a tratarme con inusitada deferencia: me había convertido en reina de Francia... Y antes de

que me diera cuenta de todo aquello, también el joven rey murió. ¡Pobre y endeble muchacho que no pudo resistir una leve enfermedad! ¡Yo regresé a Escocia, la tierra de mis sueños...

—¡Volviste a Escocia y a mí, que te amo, María!...

—¡Sí, volví a tí!...

Y María Estuardo se estrechó más junto a su amado.

TRAICIÓN. — Durante un breve espacio de tiempo, floreció el romance de María Estuardo y el conde Bothwell. Habían luchado heroicamente por su amor y salido victoriosos. Se abandonaban a aquel sentimiento sin pensar en nadie. Para María, el ser reina y madre era un sueño. Sólo en los brazos de Bothwell era donde únicamente estaba la realidad.

Un mes después de su matrimonio con Bothwell, fueron sorprendidos en el castillo de Holyrood por una turba de agitadores que portaban una bandera con el cuerpo de Darnley como enseña. Venía a la cabeza un grupo de nobles. Su intención era tomar el castillo por asalto. María Estuardo y su esposo sabían de antemano que sus elementos de combate eran inferiores a los de los asaltantes.

EL DESTINO. — Después de varios días de encarnizados combates, un individuo salió de las filas rebeldes, acercándose al castillo y enarbolando una bandera de parlamento. Era Moray. Al llegar frente a la reina se inclinó gravemente. María lo miró con severidad:

—¿Para qué os inclináis, Moray?... Eso siento mal a un traidor.

—No nos hemos rebelado contra vos, hermana mía, sino contra él...

E indicaba con la mano a Bothwell.

—Podemos arreglar el asunto batiéndonos, Moray— exclamó el aludido.

Pero la reina se interpuso.

—Lo primero que queremos— prosiguió Moray— es que vos, Bothwell, abandonéis para siempre Escocia. Después, que vos, hermana mía, juréis que haréis lo que os ordenemos en el reino.

Bothwell comprendía que aquellos hombres estaban dispuestos a llevar a cabo sus planes y que la única manera de salvar a María era haciendo el sacrificio de dejarla en su trono, retirándose él.

Triste fué la despedida de aquellas dos criaturas que tanto se amaban y que, al tener que obedecer a un ingrato destino, era preciso separarse para siempre. El destino lo quería y había de salvar al trono de Escocia. Sin volver los ojos, el valiente soldado partió. El sueño venturoso había terminado, pero no las tragedias de su infausta vida.

LA HUMILLACION. — Como era de esperar de tan ruin naturaleza, Moray no hizo honor a su palabra. Los lores volvieron al castillo de Holyrood con palabras y protestas de adhesión, pero sometían a la reina a toda clase de humillaciones odiosas. La separaron de sus damas de honor; se le prohibió cualquier cambio de trajes; la puerta de su cámara en la torre la cerraban por fuera... mientras que en el patio del castillo la muchedumbre, enardecida por los discursos de Knox y el comportamiento de los nobles, pedían la muerte de la soberana. El golpe final fué pedirle su abdicación al trono, en favor de su hijo. La reina rehusó, recordándole la amenaza de Bothwell, pero ellos, sin hacerle el menor caso, la llevaron prisionera a la inaccesible fortaleza de Lochleven.

Isabel de Inglaterra, diplomática como siempre, trató de hacer llegar hasta su desventurada prima, a quien ella misma había sumergido en aquel abismo, protestas de su amistad, pero secretamente apoyaba los planes de Moray.

Mientras tanto, el infatigable Bothwell, enterado de la infamia que sufría su esposa, trataba de reunir un ejército para libertarla y reintegrarla a su trono, tomando después venganza de sus enemigos. Pero la desgracia perseguía también al joven que, desprovisto de medios para la lucha, tuvo que darse a la fuga, tomando un pequeño velero que lo condujo a las costas de Noruega. Su esperanza, empero, era regresar al lado de su esposa. Desgraciadamente, aquella fragil embarcación se hizo trizas en las abruptas rocas de la costa, y el valiente guerrero cayó como prisionero del rey, que lo llevó a su castillo de Berger.

Mientras tanto, María Estuardo, en su cautiverio, encontró un amigo, un joven paje llamado Douglas, quien, fascinado por la belleza y el infortunio de la reina, intentó favorecer su evasión del maldito castillo de Loch-lever.

Una semana más tarde, María Estuardo escapaba, poniéndose a la cabeza de cien lobos y seis mil hombres. El país había vuelto a dividirse en dos bandos, uno partidario de la reina y otro del regente Moray. Cuando los dos ejércitos se encontraron, la supremacía estaba de parte de Moray, y su formidable artillería barrió la columna de fieles que seguían a la reina de Escocia. María volvió a ser una fugitiva. Durante tres días galopó incesantemente hacia el sur. Tres noches durmió sobre el duro lecho de la tierra, sin más alimento que un poco de avena y unos sorbos de leche. Los buhos eran sus únicos siniestros compañeros.

Al llegar a Salway Firth, la desesperada mujer tomó la resolución de arrojarle a los pies de su prima Isabel y pedirle ayuda. ¿Acaso no llevaba con ella el anillo que la astuta reina de Inglaterra le enviara como prueba de su afecto?

Agotada y sin fuerzas, la fugitiva se refugió en casa de unos humildes pescadores. Unas horas más tarde, un grupo de oficiales ingleses llegaba a la cabaña, llevándose a la joven reina al palacio de la soberana de Inglaterra. Isabel no podía dejar escapar aquella oportunidad que le presentaba el destino, quien arrojaba entre sus manos a la mujer que odiaba con todas sus fuerzas y de la que siempre sintió celos, temor y envidia.

Con hipócritas mentiras, hizo que condujeran a su rival hasta el castillo de Bolton, donde la encerró vilmente, con sir Francis Knollys como carcelero.

Tempestuosa a veces, otras suplicante, María Estuardo pedía que la condujesen a presencia de Isabel. Pero todo era inútil. Cansada, la infeliz dejó de suplicar, resignándose a su triste suerte.

Un día, sin embargo, María Estuardo cometió la falta que Isabel esperaba pacientemente. Inducida por los halagos de individuos que se dijeron sus amigos, consintió en conspirar contra Isabel. Aquello fue suficiente. La prisionera fue acusada de alta traición y llevada ante los tribunales. Todo había sido una miserable patraña para tener un pretexto legal para acusarla.

En la cámara del castillo de Fotheringay se había reunido el tribunal. En un alto balcón esperaban los jueces. Debajo, estaba un alto sitial en forma de trono, como símbolo de la presencia de la reina, suprema autoridad de Inglaterra.

La joven prisionera iba vestida de negro y en su hermoso rostro se leían las huellas de sus sufrimientos. Serena y digna fijó sus miradas en los adustos semblantes de los jueces.

—¿He de ver por fin a la reina Isabel?— preguntó la cuitada.

—Su Majestad está simbólicamente presente— fue la respuesta.

Después, el que hacía de juez supremo, preguntó:

—¿Reconocéis la jurisdicción de este Tribunal?

—¡No!... Ni os reconozco capaces de juzgarme, ni reconoceré a vuestra soberana— respondió María Estuardo con soberbio orgullo.

—Se os acusa de haber atentado contra la vida de Su Majestad la reina de Inglaterra. ¿Qué tenéis que decir?...

—He permanecido en prisión desde que llegué a esta tierra. Aunque hubiese querido perpetrar el crimen que me imputáis, bien sabéis que hubiese sido imposible.

—Pero no negaréis que conspirasteis con cierto sujeto inglés, de nombre Antonio Babington.

—Un verdadero y leal amigo que sólo trató de libertarme de una prisión injusta!— interrumpió la acusada.

—Negáis que os comunicabais secreta-

mente con el susodicho Babington?— preguntó nuevamente el inquisidor.

María Estuardo sacudió la cabeza con impaciencia:

—Negáis vosotros— preguntó a su vez la reina— que trataríais de escapar también de una tiranía?... ¿Sabéis lo que significa ser encerrada, alejada de todo lo que amáis?... ¡Esposo, hijo, poder, todo! ¿Estar confinada como un animal dañino, de modo que cada hora parezca una eternidad?... ¡Sí, lo confieso: me comunicaba secretamente y trataba de escapar!

—¿Es cierto que aprobáis el complot en contra de la reina Isabel?...

—Hay tanta verdad en eso, como en vuestra honradez— exclamó María Estuardo en tono de reto.

—¡Acusada, limitaos a contestar las preguntas que se os hacen!

—¿Preguntas?... Todo lo que me dirigis son acusaciones. ¿Pero para qué prolongar más esta comedia?... Isabel ha inventado este complot para poderme condenar. Si no lo ha hecho antes es por temor a la ira de Bothwell, mi esposo. Sabe que regresará con fuerzas suficientes para libertarme y que volveré de nuevo al trono de Escocia. ¡Mientras él viva, viviré yo!

—¡Traed, al otro prisionero!— exclamó uno de los jueces.

La puerta se abrió y un hombre viejo, cargado de cadenas, fue arrastrado hasta el centro de la cámara.

—¡Donal!— gritó María, corriendo a su encuentro.

—He tratado de encontraros, Majestad— murmuró el cautivo.

—Donal, Donal, ¿dónde está Bothwell?— preguntó, pálida de terror, la infortunada.

Y ante su angustioso grito, el prisionero bajó la cabeza.

—¡Ah! No, no es posible, no puede ser!...

—Majestad, sus últimas palabras fueron para vos. Dijo que os espera... que os esperará siempre...

Y el pobre viejo rompió en sollozos.

María Estuardo quedó un instante en silencio, aplastada ante la enormidad de su tragedia.

—Y bien, ¿qué esperáis?... Condenadme. ¡Acabad cuanto antes!

Por encima del balcón, el juez dejó caer un paño negro: ¡era el veredicto!

DOS REINAS FRENTE A FRENTE. —

Aquella noche, mientras estaba abismada en profundas meditaciones, la prisionera escuchó el ruido de cadenas que anunciaban la proximidad de alguien, y que se abrían las puertas.

Efectivamente, la maciza puerta de la prisión se abrió de par en par y los guardias se inclinaron profundamente. Una mujer de amplia y rica falda se acercaba.

—¡Isabel!— murmuró María Estuardo.

—¡Sí, eres Isabel, no puedo engañarme!

Las dos reinas se miraron en silencio. Isabel Tudor fue la primera en hablar:

—¡Y tú, tú eres la Estuardo!... ¡Ahora me doy cuenta del por qué los hombres te aman!

Su voz temblaba de emoción. La emoción del odio por tanto tiempo contenido. María se mostraba súbitamente tranquila. Con voz donde había más dignidad que temor, exclamó:

—¡Aun en este momento, confinada entre las paredes de esta infame prisión y en vísperas de subir al cadalso, no cambiaría mi vida por la tuya, Isabel!... Debía haber esperado que vinieses a gozarte con tu obra, amparada, como lo haces, por las sombras de la noche... Y sin embargo, jamás he sido tu enemiga. No te he hecho ningún mal.

—¡Siempre has sido mi enemiga, María Estuardo!... ¡Lo has sido desde que naciste demasiado cerca de mi trono! Una puñalada y mi reino hubiese sido tuyo.

—¡Nunca deseé tu reino!— replicó María Estuardo con dignidad.

—Pero lo habías tomado si hubiese quedado libre.

—¡Ah! ¡Ni siquiera eres una mujer, Isabel!

EL TRIUNFO. — Isabel Tudor se sentó. Miró de hito en hito a su prima:

—No seré una mujer, pero soy una reina. Tú, en cambio, has querido ser «mujer» y mira dónde estás, mira para qué te ha servido el serlo.

—Me ha servido para gozar muchas horas de felicidad, Isabel. ¡No cambiaría el recuerdo de un día junto a Bothwell, por todo un siglo de tu existencia!

—¡Qué sabes tú de mi existencia!— gritó la otra, enfurecida—. Tú naciste reina. Tu viste honores, tronos. ¡Todo cayó sobre tu falda sin luchas, sin esfuerzos!... No conoces nada de la verdadera lucha en pos del poder. Yo comencé sin nada. No tenía ni un nombre. ¡Fui repudiada, desheredada por mi propio padre!... ¡Mi madre, Ana Bolena, fue ejecutada..., encarcelada por mi propia hermana!... ¡Oh, yo sé muy bien lo que es ser prisionera y amenazada con el cadalso!... ¡Yo he presenciado la muerte!... ¡Pero pulgada a pulgada luché hasta conquistar el trono y ceñirme la corona! ¡No he dado mi amor a ningún hombre, pero se lo he dado a mi patria, se lo he dado a Inglaterra! ¡Y tú... tú me hablas de amor!...

—Tú sabes que mi sangre caerá sobre tu cabeza, Isabel...

—¿Crees que deseo tu muerte?... preguntó ansiosamente la reina de Inglaterra. Renuncia a tus derechos sobre mi trono; renuncia a tu nombre de Estuardo y te salvarás...

María Estuardo la miró irónicamente:

—¡Ah, todavía me temes!... ¡Hasta después de muerta me temerás, Isabel!... Ahora comprendo por qué has venido a verme...

—Renuncia a tus derechos y vivirás— repitió de nuevo la reina.

Pero María Estuardo movió negativamente la cabeza:

—Has amado sólo el poder; acariciado sólo tus sueños de gloria y grandezas. Yo, en cambio, he amado como aman las mujeres y pierdo como saben perder las mujeres y las reinas... Y, sin embargo, hasta muerta he triunfado de ti, Isabel. Tú no tienes herederos. Mi hijo será el heredero de tu trono. ¡Mi hijo será un día rey de Inglaterra!

Colérica, livida por la ira, Isabel se puso de pie. Sin dirigir una sola mirada a su víctima, salió de la prisión. Las puertas se cerraron con estrépito de cadenas, pero en los oídos de Isabel Tudor sonaban con un eco funesto aquellas palabras: «Hasta en la muerte he triunfado de ti... hasta en la muerte...»

EN EL CADALSO. — Como una novia dispuesta a ser conducida al altar, María Estuardo atendió a su último atavío. Se bañó más cuidadosamente que nunca, arregló elegantemente sus cabellos y los cubrió con un velo blanco. Su traje era de terciopelo negro, adornado de ricos encajes dorados. Sobre su seno descansaba un costoso y rico collar de piedras preciosas. Así la encontró Knollys cuando vino a buscarla. Serena, augusta, con la suprema dignidad de una reina.

María Estuardo se acercó a uno de sus fieles vasallos que la había seguido hasta en aquella hora de dolor, y que lloraba amargamente. La reina le abrazó cariñosamente:

—¡No lloréis!... Hoy terminan las angustias de María Estuardo. ¡Hoy dejaré de sufrir!... Recordadme a mi augusto hijo. Decidle que jamás hice nada para menoscabar la dignidad de su trono...

Y después subió la escalera que la conducía al cadalso, la cabeza en alto, con toda la majestad de una reina. A medida que se acercaba más y más al hacha del verdugo, María Estuardo creía escuchar el sonido de melodiosas gaitas, como lo había escuchado hacía tanto tiempo, en el patio de su castillo de Holyrood, cuando vivió por primera vez a Bothwell... Y con la música en crescendo, irradiando gozo por encontrarse cuanto antes con su amado, ¡la reina de Escocia dejó de existir!...

FIN





Blanco, Plata y Marta... tres elementos que contribuyen a la perfección del original traje de noche que Karen Morley luce en el film «Felicidad limitada». El corpiño, fruncido en la parte de delante, tiene un escote cerrado. La espalda está abierta a la altura de la cintura, pero se cierra al llegar a los hombros. Mangas abollonadas y adornadas con marta dan al vestido un aspecto juvenil. La falda, de amplias líneas, termina en una elegante cola.

(Fotos Paramount.)



ZARAZA DE ALGODÓN SATINADA... es el tejido de más aceptación para las «toilettes» de noche. Frances Drake, actriz de la Paramount, sigue esta moda según se puede ver por el vestido blanco y azul de su vestuario particular. El vestido forma una especie de polsón en la cintura y el cuello de piqué blanco le da una nota original.

FilmoTeca
de Catalunya

STAN LAUREL
Y
OLIVER HARDY



FILMS SELECTOS